

Hablar del proceso de creación literaria comporta serias dificultades e ineludibles contradicciones. Todo acto de creación, invención, incluso, de descubrimiento, resulta de la confluencia de *acciones* controladas desde el intelecto (que es el reino de lo suprasensorial más que de la razón, del que es sólo un atributo más) y de emanaciones, fugas o accidentes fenomenológicos de muy difícil previsión y control. En este sentido una buena parte de los descubrimientos científicos de mayor magnitud y trascendencia han sido resultado de esa confluencia entre la praxis del método y la floración del misterio. No andamos, pues, tan en las antipodas científicos y artistas.

Quien conoce realmente a un investigador, sus quehaceres y sus motivaciones, sabe que es estúpido y burdo el planteamiento que, desde el siglo XVIII, establece como opuestos —y casi como oponentes— los procesos íntimos que actúan en el científico y en el artista. Y me atrevo a afirmar que esta simplificación se debe a un a priori también simplista, el que identifica tres realidades diferenciadas: el Proceso interior, el método o procedimiento y el discurso.

Está claro que el método científico recurre a procedimientos de análisis cuyos protocolos, la inducción o la deducción, se han instalado en la racionalidad posibilista; muy al contrario de lo que ocurre con cual-

La poesía y el lector

Esteban Martínez Serra

quier método de creación artística —que son muchos y diversos— pero tienen en común el desprecio por los límites consabidos de esos protocolos. Circunstancia esta que, hoy por hoy, para algunos es una rémora.

Densísimos y, en su mayoría, aburridísimos tratados han establecido las diferencias entre los discursos científico y literario. Y aunque el mayor error ha sido siempre el de empeñarse en fundamentarlas en la oposición *objetividad/subjetividad*, como intentaré explicar a continuación, la mayoría de esas distinciones son incuestionables.

Y llegamos así al más interesante, oscuro y, frecuentemente, inefable estadio del proceso, de difícil delimitación, que desemboca en la creación misma; el que, a falta de otro mejor, podemos convenir en llamar *proceso interior*.

Pero antes no estaría de más hacer un inciso. En el arte, proceso interior, método y discurso se dan unos en otros con mayor desarreglo y menores certidumbres que en la ciencia, circunstancia muy significativa aunque no esencialmente contradictoria. Diría que más afecta

a la forma que al fondo de la cuestión planteada.

Y aquí he llegado y aquí estoy para hablarles de ese proceso interior que, en mi caso, como en otros muchos, nos lleva del silencio al poema. Y para empezar, mejor hacerlo por el principio. ¡No saben cuántas sandeces se han dicho sobre el mundo interior de los poetas! ¿En qué se diferencia ese presunto mundo interior de los poetas del que viven el resto de los mortales? El mundo siempre está en el exterior, nos envuelve, nos ignora, nos agrade, nos conforta, nos influye y, por suerte, nos olvida. El mundo no nos cabe a nadie dentro, por eso recurrimos a traducirlo en imaginarios particulares, a la justa medida de lo que somos. El mundo interior de Kafka ¿era algo más que sus patológicas proyecciones de neurótico obsesivo? El mundo interior de Bukowski ¿estaba por encima, era más sublime que el de los otros muchos alcohólicos con sus deliriums tremens atroces? Dostoyevski ¿padecía con más elevado espíritu su ludopatía y la persecución de sus acreedores? Si no es así, ¿tiene sentido buscar la quintaesencia de la poesía sólo en una improbable especificidad del mundo interior?

Sin duda el Mundo es plural y unívoco. Plural en las apreciaciones e interpretaciones que de él hacemos, plural en la profundidad del análisis; pero unívoco en su radical existencia. Por todo ello prefiero la del *mundo poético* a esta dudosa y pretenciosa expresión de *mundo interior del poeta*.

El mundo poético (o los mundos poéticos, porque hay tantos como poetas y poemas) no es la conse-

MONTESINOS

Recordi... per Catifes - Banderes
Tapisseria - Cortinatges
Moquetes - Cobrellits

Gràcia, 18 • Tel. 93 725 43 08 • SABADELL



Avda. Rafael Casanova, 38 • 08206 SABADELL (Espanya)
Tel. 93 726 62 22 • Fax 93 727 00 60



TEIXITS SALVADOR
els teixits que tenen estil

Indústria, 33 • Tel. 93 725 65 90 • 08202 Sabadell

cuencia de la interiorización del mundo exterior que a todos pertenece, -si es que pertenece a alguien-. No es el resultado de una pretendida subjetivación de lo real a través de la experiencia personal e intransferible, sino el punto de partida que, naciendo de la voluntad de objetivar el magma de lo íntimo, intenta revelarse al lector como algo nuevo, un nuevo mundo para ser colonizado.

Frecuentemente, ese mundo poético resulta opaco para el poeta mismo. También desconoce sus leyes domésticas, que las tiene. Y de poco sirve aplicar miméticamente las que nuestro mundo compartido y alineado se ha dado para sí.

Pero ese mundo poético no está compuesto de objetos, de cosas ni de seres. Tampoco está habitado de sueños ni de miedos ni de certezas. Es un mundo originario, primigenio, gaseoso. Un mundo a las puertas de la gran explosión. Sí, un mundo que se mueve hacia la concentración, porque desde la dispersión es imposible la creación poética. Un mundo aglomerado de palabras, imágenes, ritmos, músicas, cadencias. Un mundo a la espera. Bullicioso.

Su principal peculiaridad reside, sin duda, en la necesidad de que aflore, mane y fluya para que tome cuerpo y se manifieste real. No existe un mundo poético fuera del cauce corpóreo de un poema. Por eso resulta una frivolidad hablar del mundo poética del poeta, cuando lo más sensato es que nos refiramos al mundo poético del poema, que es lo único aprehensible. No niego con esto la existencia de reincidencias expresivas, temas recurrentes o motivos parejos que otorgan a

toda la obra de un determinado autor una fisonomía propia y diferenciada. Pero, aceptando esta evidencia, creo irrefutable que sólo su puesta en escena en un determinado poema le concede entidad suficiente.

Parece fuera de toda discusión, también, que cada poema debe admitir una lectura individualizada, por mucho que forme parte de un poemario voluntariamente homogéneo y eslabazado a partir de un motivo o un tema o una experiencia comunes. El poema es un todo incompleto, sin embargo. Un universo en expansión que debe explicarse en sí mismo y a sí mismo. Incompleto, sí, y en expansión. Porque es inherente a su naturaleza el reclamar del lector una participación activa y no paciente o contemplativa. Y esa participación, denominada por muchos como reescritura, determina las distintas interpretaciones y disfrutes en los lectores.

Llegados a este punto, quiero detenerme y afinar la pluma. ¿Por qué se insiste tanto en aplicar la lógica en la interpretación de textos que no tienen en el discurrir lógico su principal motor? ¿Por qué nos hemos convencido tan inflexiblemente de que no se puede gozar de lo que no se entiende con un entendimiento al uso?

Por desgracia, nuestras culturas han premiado la pérdida de la inocencia y de la capacidad de sorpresa y fascinación con la promoción a un estado considerado más digno y productivo: el de la madurez. La incorporación al mundo de los adultos, en general, pasa por el paulatino rechazo de lo inexplicable, de lo intuitivo y de la magia. La

adultez se viste, así, de un pragmatismo y utilitarismo muy cortos de miras en los que la poesía tiene escaso crédito...Pero como este es un tema irresoluble, prefiero recuperar el de la pluralidad de interpretaciones y de goces en los que la poesía se corporeiza y que deben incitarnos a la lectura.

El poeta escribe para ser leído, no para ser venerado. Tampoco debe escribir para los críticos ni para los estudiosos, circunstancia esta que se da más de lo deseable. El primer lector crítico que un poeta va a tener siempre será él mismo. Por eso debe respetarse más de lo que habitualmente lo hace y aceptar sus consejos, que suelen ser muy severos si son francos. Después vendrá el otro público con el que pocos pactos y componendas puede hacer.

¿Qué debe pedirles un poeta a sus lectores? La respuesta, no por tópica menos ineludible, suele venir cargada de una gran dosis de romanticismo. El lector debe situarse ante el poema (evito voluntariamente la expresión enojosa de enfrentarse al poema) con una actitud no expectante sino creativa, convirtiéndose de esta manera en actuante más que en un receptor contemplativo. ¿No es pedirle demasiado? Supongo que muchos así lo consideran y por eso la poesía ha sido un género tradicionalmente muy minoritario. Pero aun aceptando que es una circunstancia que deriva inexorablemente de la propia esencia de la poesía ¿no hemos acrecentado -poetas, críticos, estudiosos y medios- las reticencias de los lectores a entrar con decisión en ella? Flaco favor nos hacemos cuando los confundimos otorgán-



Pedregar, 10
Teléfon 93 726 51 22
08202 SABADELL



Rambla de Sabadell, 82 • SABADELL
Teléfon 93 726 57 85

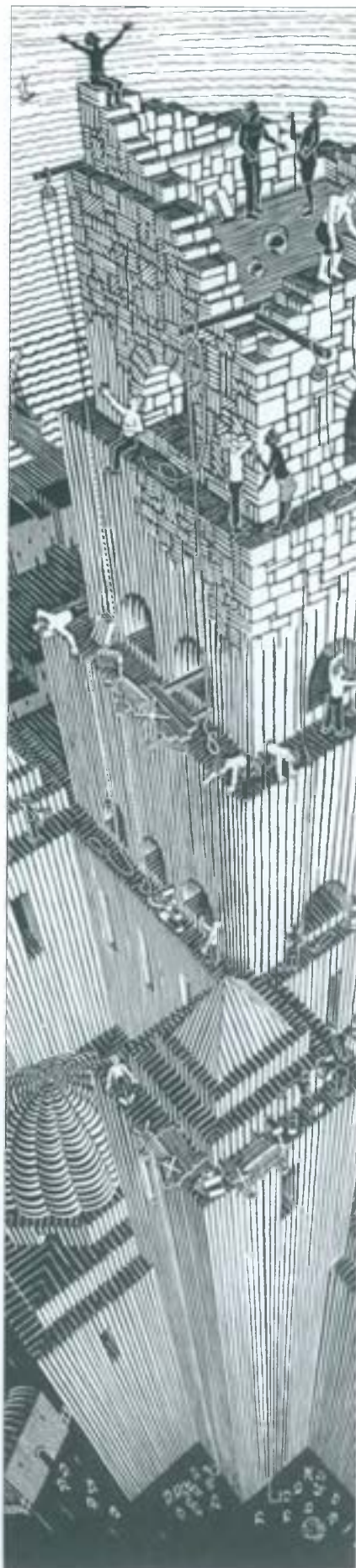


Sant Pere, 22 • Tel. 93 726 19 59
SABADELL

doles las arduas y espinosas responsabilidades de la interpretación, el análisis y la recreación por encima del derecho a goce.

Gozar de un poema está al alcance de muchos más de los que somos. Todo depende de cuales sean las expectativas que genere-mos. Si realmente pretendiéramos dictar unidireccionalmente un recorrido haríamos uso de otros géneros menos abiertos, como la novela o, incluso, el ensayo. Pero la poesía admite mayor número de lecturas y aunque sea cierto que no todas consiguen una misma profundidad ¿importa eso mucho? Si un determinado lector sólo siente la breve fascinación por una determinada imagen o por la sorprendente utilización de un adjetivo o de un adverbio ¿merece ser excomulgado? ¿Cuándo podrá sentirse digno de sí y proclamar que le resulta gozoso leer poesía aunque no la entienda? ¿Qué es lo que realmente debe entender?

Demasiado tiempo hemos cargado con los complejos de carecer del necesario *pedegree* lector, complejos que han hecho de la poesía —no minoritaria!— sino elitista a ultranza. Es indudable que un frondoso bagaje cultural, letrado o no, posibilita un acercamiento mucho más productivo a los poemas, igual que una lente bien calibrada multiplica la nitidez de la visión; pero, ¿quién puede negar que la borrosa claridad es ya un motivo de alegría? Yo no busco al lector que me confirma en lo que escribo, que hace suyas las huellas que me trajeron. Tampoco al lector que descubre en mí a toda una dinastía de insignes referentes, y, en mis poemas, todas las babilo-



Torre de Babel. M.C. Escher.

nias. Es un lector muy agradecido, sin duda, pero también suele ser muy mentiroso y embargado por un irreprimible afán de exhibicionismo. ¿Qué lector busco, pues? Un lector paciente. Que se aventure, incluso, a dejar en cuarentena las certezas del lenguaje y se abandone a una realidad nueva, y como tal incómoda en un principio, en la que su intuición esté al servicio de ese lenguaje y no al revés, como sucede habitualmente. Nada entorpece más una lectura poética que ese esfuerzo por la traducción simultánea a un lenguaje discursivo y comunicacional. Normalmente, la poesía tiene otro *tempo*. La inmediatez en la *comprensión* del mensaje suele ser mal síntoma. Necesita entrar primero por el oído y despertar el ánimo o turbarlo antes que llamar a las puertas del entendimiento. Y este último avituallamiento no siempre resulta ineludible.

Racionalizar la experiencia corresponde al analista profesional o amateur, que también lo hay. Al lector medio le queda la mejor tajada; disfrutar de lo que buenamente puede sin tener que justificarse con argumentos de autoridad ante nadie. El tiempo y la costumbre, si no se malogra con prejuicios de modas o se somete a los dislates de buena parte de la crítica —que ejercen más de *sponsors* que de entusiastas animadores—, seguro afinarán sus cualidades lectoras y multiplicarán su ambición. Que de eso, en realidad, es de lo que se trata.

MODA EN PELL I PELLETERIA



llorenç caballé

Escola Industrial, 22 pis • Tel. 93 725 75 59 • SABADELL

home / dona

FÈMINA

Sant Quirze, 5 • Tel. 93 725 59 50 • SABADELL